

Senka Marić

Cuerpo Kintsugi

Traducción
Miguel Roán

LHG



hespérides

Cuerpo Kintsugi

COLECCIÓN
Las Hespérides

SENKA MARIĆ

Cuerpo Kintsugi



La
Huerta
Grande

ESLES DE CAYÓN
2022

Título Original:

Kintsugi Tijela

Traducción del bosnio:

Miguel Roán

© De los textos: Senka Marić

© De la traducción: Miguel Roán

Esta edición se ha editado en acuerdo con Ampí Margini.

Madrid, marzo 2022

Edita: La Huerta Grande Editorial

Serrano, 6 28001 Madrid

www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-186-5716-0

D. L.: M-6929-2022

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

Para la impresión de este libro se ha utilizado papel con certificación FSC, ECF y PEFC

Kintsugi es una técnica artística japonesa que consiste en reparar objetos de cerámica rotos con oro líquido o platino, enfatizando los lugares dañados, con el objetivo de resaltar el pasado del objeto, y no esconderlo, lo que le acerca al principio de wabi-sabi, es decir, a encontrar la belleza en cosas estropeadas o viejas. Al destacar los daños y fracturas, el kintsugi celebra la historia única de cada objeto, revitalizándolo con una nueva vida y dándole mayor belleza de la que tenía inicialmente. El kintsugi surgió del sentimiento japonés de mottainai —lamento por los perdidos—, así como mushina —aceptación del cambio—. El arte moderno experimenta con esta técnica ancestral como una forma de tematizar las ideas de pérdida, síntesis y mejora a través de la destrucción y el renacimiento.

*Pero, ¿quién puede recordar el dolor, una vez que éste ha desaparecido?
Todo lo que queda de él es una sombra, ni siquiera en la mente ni en la
carne. El dolor deja una marca demasiado profunda como para que se vea,
una marca que queda fuera del alcance de la vista y de la mente.*

Margaret Atwood

*¿Quién, si no los Dioses, pueden pasar la vida sin desgracia?
En efecto, si quisiera yo recordar las nuestras [...] ¿qué día no habremos sufrido y gemido?*

Esquilo

Cuando cierro mis cansados párpados, se abre un claro espacio en blanco.

*En el medio hay un cuerpo como
un árbol. De él, en lugares cortados con navaja,
fluyen historias.*

*El cuerpo sufre un espasmo, las historias relajan,
liberan presión.*

*Sencillamente:
Bajo la mirada, la piel se agrieta y todo se derrama a escondidas...*

*El texto como el agua, se vierte en círculos alrededor de mis
juguetonas piernas, se pliega como la masa, la aprieto
con las manos, me tiemblan
los pechos, amaso, perfecciono
la receta todos los días, agrego nuevos ingredientes, huele a manzanas y
glaseado aterciopelado rosa. Felicidad.
No olvido ni por un momento que mi cuerpo es eterno.*

El verano de 2014 estuvo marcado por tres acontecimientos.

El diecisiete de junio, apenas unos días después del mediodía que pasasteis sentados en una cama de matrimonio, en la que no habíais dormido juntos durante más de un año, mirando el vacío de la pared blanca frente a vosotros, en un silencio que rara vez se había roto por unas pocas palabras fatigadas, tu esposo dobló su ropa en dos grandes bolsas de deporte. La tercera la trajiste tú misma del cuartito y pusiste en ella dos sábanas para una persona, una almohada, una manta de felpa y tres toallas pequeñas y dos grandes. Mientras cerrabas la bolsa, pensaste en el invierno que viene. Regresaste al cuartito donde pasaste cinco minutos buscando una bolsa grande en la que metiste una colcha. El pasillo estaba abarrotado de cosas. Varias veces enmudeció. Cejó en su empeño tan pronto como te miró de pie con las manos en las caderas y respirando profundamente. Se las arregló para recoger las tres mochilas y una bolsa. Mirando al suelo, salió del apartamento, bajando apresuradamente las escaleras hacia el taxi que ya estaba esperando en la calle. Después de mucho, mucho tiempo, te sentaste sola frente a esa pared desnuda y poco a poco te diste cuenta de que tras él no quedaba una sensación de vacío, solo una sensación de derrota.

El quince de julio te empezó a doler el hombro izquierdo. Sobre todo, por la noche. No podías dormir, así que te sentaste en la cama y lloraste. Resultó que tenías una calcificación en el

hombro —una formación puntiaguda de calcio que daña el tejido circundante y provoca una inflamación. El médico dijo que solo puedes tomar analgésicos y esperar a que pase. Y tú odias esperar. Y odias las medicinas. Entran en conflicto con tu necesidad de controlarlo todo, con tu incapacidad para confiar en alguien lo suficiente como para pedir ayuda. Sigues reduciendo la dosis. Tomas dos veces menos de lo que está prescrito. En ese caluroso julio, en tu mundo no hay nada más que dolor. Él es el polvo que envuelve tu tiempo que se niega a fluir. Te ataste un pañuelo alrededor del cuello. Colgaste tu mano izquierda en él. Para que no se mueva. Que duela lo menos posible. Solo piensas que eres más fuerte que el dolor. Más resistente que él. *Pasará, yo me quedaré.* También piensas un poco en lo infeliz que eres, en que durante años las cosas malas se suceden, una tras otra. No hay forma de parar. *¿Quizás es porque creo que puedo, que soy más fuerte? Si gritara: ¡Basta! ¿Importaría? ¿Esa rueda que muele todo frente a ti se desviaría del camino de tu vida? Es de noche. Hace calor. Los niños están durmiendo. Es el momento perfecto para llorar. Gritas: ¡Basta! ¡Ya es suficiente!* Pero en el fondo no lo crees. Sabes que todavía puedes más.

Es el veintiséis de agosto. Duele un poco menos. Te las arreglas para dormir. Hay que tener mucho cuidado en la cama. Un movimiento en falso es suficiente para terminar en la agonía. Cuando giras de derecha a izquierda, para enderezar el hombro, sostienes tu mano izquierda firmemente debajo de tu axila derecha. Parte de la palma está en el seno derecho. A medida que el cuerpo gira hacia la izquierda, lentamente sobre la espalda hacia la cadera izquierda, la palma se desliza hacia atrás. Los dedos enterrados en la carne pasan sobre el pecho derecho. Y entonces lo sientes. En el costado, en el borde del pecho, casi enteramente a su lado. Como una piedra redonda que se mete en la parte superior de un traje de baño.

Bajas la mano. Estás acostada boca arriba. Miras al techo. No sientes dolor en el hombro, solo el corazón en la garganta. Te incorporas en la cama y vuelves a tocarte. Sigues ahí, moviéndose levemente bajo la presión de los dedos. Retiras la mano de nuevo y te acuestas boca arriba. No puedes cerrar los ojos. No pestañeas. Están desplegados y se tragan el techo. La casa cambia de forma y dimensiones. Se dobla. Se vierte sobre tus ojos. Tras ella también la ciudad, los cerros que la rodean, el río que intenta fluir desde ella, el mar, kilómetro tras kilómetro de tierra, todo el continente se curva como un trozo de castaña humeante, hasta que no queda nada más que un cielo muerto, negro.

¡Pero debo haberme equivocado!

Te levantas de nuevo y palpas. Tu aliento carga la habitación. Rebota en las paredes. Hace una noche estival. El bulto redondo retrocede bajo presión (su tacto queda grabado para siempre en la memoria de tus dedos). El pánico es barro. Se derrama en tu boca. La noche te engulle.

Decides romper esa imagen. Como un espejo al que se ha arrojado una piedra. Todo lo que queda atrás es una vaga sensación de que ni siquiera eres consciente de todo lo que te han arrebatado.

Tu respiración se calma. Es lenta, inaudible. Dices: *Ahora dormirás. No pensarás en nada.* Es fácil. Los pensamientos están además demasiado dispersos. Estás en algún lugar por encima de las palabras, por encima del sentido y el significado. Claramente sientes solo tu piel, el margen que compartes con el mundo. Duermes, con un sueño nunca pleno, más bien inconsciente, hasta la mañana siguiente, cuando descubres que el bulto en tu pecho ha suprimido el dolor en tu hombro.

¿Cómo se empieza a contar esa historia que se desmorona bajo tu lengua y se niega a adoptar una forma firme?

¿Sabías que ibas a tener cáncer ese día, hace dieciséis años, cuando se lo diagnosticaron a tu madre?

O:

Desde ese día, hace dieciséis años, cuando se lo diagnosticaron a tu madre, ¿estabas convencida de que nunca contraerías cáncer?

Una y otra son igualmente ciertas. Los puntos que se alinean uno al lado del otro para captar ese momento, desde hace tantos años, son dos series que, al formar una forma ovalada perfecta, rompen la lógica rectilínea del tiempo. Dos realidades paralelas, una de las cuales se vuelve verdaderamente real solo en el momento en que alcanza su objetivo. Sabías que lo tendrías y estabas convencida de que no. El presente, en cambio, convierte al pasado en verdadero. Estás atrapada en la realidad que no reconoce que alguna vez pudo haber sido diferente.

¿Eras una niña triste? Eso te parece ahora. No te faltaba nada, pero nunca podías desprenderte de la sensación de que todo estaba algo torcido, que algo oscuro y difícil acecha por todas partes. Igualmente, todo este tiempo pensaste que sabías que serías feliz. Porque estás predestinada a la felicidad. En un mundo donde la felicidad no existe.

¿Puedes determinar el punto que, como un cuchillo, corta la carne del tiempo, determina el camino que te lleva a este momento?

Eres pequeña. Estás sentada debajo de una mesa en el estudio del abuelo. No recuerdas si te estás escondiendo. No sabes lo que pasó antes o después. Tienes un vestido a cuadros rojo y verde y medias gruesas. Te sientes sucia. Mal. Las medias son blancas. Se ven unas marcas grises traicioneras en los pies. Tu cabello es castaño. Ahora no sabes si eso es cierto, pero crees que es grasiento y pegajoso. La imagen se superpone con la imagen de un gato que sale de la oscuridad de un sótano abandonado. No querías tocarlo con la mano. Y esa pequeña niña debajo de la mesa (¿eres realmente tú?) anhela el tacto. La habitación del abuelo está en la planta baja. La cocina y el salón están arriba. Todo el mundo siempre está arriba. ¿Por qué estás ahí abajo sola? Sobre todo, porque tienes miedo del Gitano, que vendrá y te robará. Se parece a Sandokán y no es a color. Es una extraña figura en blanco y negro que se cuelga en tu casa, se esconde

detrás de una cortina debajo de las escaleras y te espera. Desde la habitación del abuelo puedes saltar directamente a las escaleras. El Gitano-Sandokán no puede atraparte. Aceleras escaleras arriba. La abuela está arriba, en la cocina. La olla exprés chirría. Las cacerolas chocan. El olor a comida es pesado. No quieres tomar sopa. No quieres comer nada. La abuela se mueve increíblemente rápido, haciendo malabares con sartenes y platos. Con un vestido azul sin mangas, da vueltas en círculo. No te ve. Pero es más fácil para ti que esté ahí.

En tu recuerdo de toda esa casa, solo la cocina está intacta. Como una torre en lo alto de un castillo encantado. La pared entera son ventanas. La luz brilla. Nunca olvidas la oscuridad y el silencio que reina abajo. Bajo la luz estás aún más sucia.